

**Leonardo Azparren Jiménez, *Sófocles: el espectáculo de la soledad*
Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2004, 95 págs.**

El destacado estudioso venezolano del teatro, Leonardo Azparren Jiménez, presenta en su nuevo libro un análisis del modelo escénico de Sófocles. Con respecto a las motivaciones y origen de su nueva obra, nuestro autor sostiene: “El volumen nació de un artículo breve que preparé en el marco de un coloquio sobre estudios clásicos, en la Universidad de Los Andes, en 1993. Con el tiempo desarrollé la propuesta haciendo énfasis en el tema de la soledad de los personajes del dramaturgo griego”¹.

El libro consta de 95 páginas, y está estructurado en pequeños capítulos. En el primero de ellos, titulado Un testigo y crítico de excepción, el autor justifica su método de análisis haciendo referencia a Aristófanes como crítico privilegiado, pues además de su cercanía con los tres grandes poetas trágicos tuvo consciencia de que tanto ellos como él eran “creadores de un producto escénico; es decir, eran hombres de teatro”. Así, el estudio específicamente teatral de los dramaturgos griegos, se inició justamente con *Las ranas*. Desde entonces, es posible estudiar a los dramaturgos griegos con la imaginación del análisis puesta en la imaginería escénica, obviando el contexto histórico e ideológico particular para acceder “a creaciones poéticas que transversan la inmediatez comunicacional de la palabra”.

En el segundo capítulo, ¿Escritores o productores?, Azparren Jiménez recalca que los dramaturgos griegos fueron llamados *poiétés* (creadores) y no escritores, pues no fue habitual aplicar a los dramaturgos el verbo *gráfo*, escribir. Cada dramaturgo, a su modo, produjo-creó (*poiéo*) acciones (*dráma*, *práxeos*) dignas de ser vistas (*theatós*), y no leídas, realizadas no con *lógoi*, sino con acciones representadas en la *orchéstra* por los actores, el coro y los músicos. Así mismo, las obras eran producidas en el lugar designado con el sustantivo *théatron*, emparentado con el verbo *theáomai*, ver, contemplar, y las acciones eran vistas por el *theatés*, el espectador. Agreguemos también que, en tanto que vistas, las obras eran *drámas*, sustantivo pariente del verbo *dráo*, hacer, ejecutar, obrar. Pero los dramaturgos griegos fueron aún más lejos, conscientes de sus posibilidades del espacio escénico, crearon la coreografía y la música. De esta manera, podían “ver su obra en las palabras, antes de la representación” (pág.14).

Su tercer capítulo lo titula Importancia de lo imaginario, en él apunta que el dramaturgo griego no tuvo las exigencias realistas que tuvieron los historiadores, por lo que prefirió desarrollar artísticamente historias

¹ Nota de Prensa Monte Ávila Editores en: Revista Cultural Alternativa, disponible en: <http://encontrarte.aporrea.org/noticias/n51640.html>, 22/12/2004.

Leonardo Azparren Jiménez

imposibles verosímiles, “en consecuencia construyó imaginarios los ejes espaciales y temporales que sostenían la acción y se desinteresó por copiar su mundo inmediato” (pág 30). Para que un texto dramático fuera una acción imaginaria que podría suceder y persuadiera al espectador de un imposible verosímil, era necesario un “vuelo poético” que el poeta lograba - desde la perspectiva de Azparren Jiménez- con su lenguaje teatral, gracias a un escenario mental común con el espectador. De esta forma, el lenguaje teatral se muestra como un fenómeno amplio que reúne el *lógos*, la gestualidad, y la espacialidad.

Luego, el autor del libro nos introduce en el capítulo más extenso del libro: Sófocles y la producción de la teatralidad por el espacio teatral, que sostiene que en la obra de Sófocles la interrelación del planteamiento de la soledad con la gestualidad escénica tiene como soporte ideológico la ruptura insuperable entre el individuo y el grupo social. Los personajes de Sófocles son individualistas, sobresalen por sus acciones, se apartan por exceso o defecto de las normas sociales y son el punto focal del espacio y, por ende, de la teatralidad. El *éthos* de Ayante, Filoctetes, Edipo, Antígona, Electra, Deyanira y Heracles es el resultado de un acto contraventor que conlleva la exclusión política y moral. El resultado es la soledad dramática y el aislamiento físico, con la consiguiente representación escénica y su impacto en el espectador. Sófocles emplea de manera canónica una imagen escénica para las relaciones de la soledad: la postración corporal y ética del protagonista, opuesta a la excelencia (*areté*) del ciudadano democrático. Las acciones que conducen a su postración crean tensiones dramáticas representadas con imágenes espaciales de un alto valor teatral y comunicacional.

Teatralidad de la soledad es el título del quinto capítulo, y el autor del libro se encarga de demostrar aquí que la soledad es una condición social, ontológica, ética y teatral, pero no como postulado, sino más bien como acción real que puede ser verificada. En las tragedias de Sófocles la soledad es la idea estructural de su concepción dramática; por ella sus obras concentran la acción en la individualidad del protagonista, para quien “su conflicto reside en querer y no poder resolver su soledad (...) una razón más para ver la muerte como opción única y válida en su horizonte existencial” (págs. 70-71). El autor explica que la soledad es una situación en un lenguaje dramático y en las relaciones del espacio dramático. Es una imagen teatral de una visión del mundo que emerge del “*espacio imaginario del texto dramático*. La *soledad existencial* es una idea presente en toda la obra de Sófocles y el *aislamiento* y la *postración espacial* son ejes dramáticos que mantienen interdependencia.

Víctor Daniel Albornoz

En otro capítulo, Azparren Jiménez estudia la producción de Las tensiones dramático espaciales. Sostiene que para representar la soledad, Sófocles creó una estructura espacial con tensiones dramáticas en las que la ubicación de los personajes en los ángulos del espacio dramático expresan el conflicto, y desde donde se trazan los ejes que lo relacionan. La tensión dramática es dada por las relaciones teatrales *fuera / dentro*, y *visto / no visto* en lo que tienen de movimiento hacia y desde el punto focal privilegiado del espacio y de las relaciones entre espacio visto e imaginado. En el plano ideológico, la espacialidad está centrada en el personaje; en el plano espacial, en un esquema espacial simple pero eficaz a partir de un punto focal privilegiado en la escena (pág.81). Concluye el autor que el texto dramático griego supone, además, un espacio profundamente imaginario en el que el espectador completaba el proceso creador.

Finalmente, el libro presenta una cronología de la vida de Sófocles.

El texto de Leonardo Azparren representa una lectura con buena imaginativa de la obra de Sófocles, con gran utilidad para quienes como “hombres de teatro” deseen acercarse a la puesta en escena del gran dramaturgo griego. No obstante, el lector con inclinaciones filológicas echará de menos la forma precisa en que se acostumbra citar a los clásicos, pues el autor cita a Sófocles desde traducciones del original griego al español sin precisar el número de versos. Creemos que una referencia precisa a la fuente original hubiese facilitado la tarea para el lector interesado y curioso.

Víctor Daniel Albornoz Aparicio
Universidad de Los Andes (Venezuela)